

LIBRERÍAS Y OTROS MERODEOS

Felipe Benítez Reyes



LOS BIBLIÓFILOS SON AFICIONADOS a contar batallas victoriosas: aquel que encontró un lote de libros con dedicatorias autógrafas a Fulano, aquel otro que compró por nada y menos una edición casi inencontrable de Men-

gano, aquel que compró al peso y a ciegas una caja de libros entre los que resultó haber una primera edición, con una carta manuscrita entre sus páginas, de... Y así. Las epopeyas. Nadie cuenta las horas de tedio, las horas

y horas de búsqueda inútil, las horas y horas de curiosear en las estanterías para salir con lo mismo con lo que entró, aunque con las manos sucias y la chaqueta un poco polvorienta, al haber librerías que parecen vertederos. El bibliófilo solo cuenta las horas dichosas, y hace bien, ya que todo explorador está obligado a ser optimista.

Pasas por una calle de cualquier ciudad y ves de pronto una portezuela, un pequeño escaparate con unos cuantos libros. Y entras. «Buenas tardes. ¿Puedo ayudarle en algo?», te pregunta el librero. Pero no, no puede ayudarte, porque tus ilusiones son privadas y difíciles: encontrar aquello que no buscas.

MI HISTORIA CON LOS LIBROS VIEJOS tiene, como casi todas las historias, un arranque casual. El primer libro viejo que recuerdo haber comprado no lo encontré en una librería, sino en un tapete del mercadillo dominical que se montaba en Cádiz alrededor de los muros de la plaza de abastos y al que iban a parar cosas impensables para cualquier estudioso de la magia del comercio: un zapato viudo, unas pilas con la roña de carbono —o de lo que sea— al aire, unas tuercas oxidadas, una muñeca manca o un disco de pasodobles. Fue en 1980, en mi primer curso universitario. Allí, entre figuritas de porcelana de Ceuta, entre radios de válvulas con aspecto de no funcionar ni a golpes, entre programas de mano de películas y entre otros pertrechos desportillados a los que no cabía imaginar ningún uso, había cuatro o cinco libros. Recuerdo que uno era de Mika Waltari y otro de Darío Fernández Flórez. Compré uno de un autor que no me sonaba en absoluto: Jules Laforgue. Lo compré porque era de poesía, que era en lo que andaba yo embebido y hechizado a jornada casi completa. Se titulaba *Las lamentaciones*. Estaba traducido por Rafael Lasso de la Vega y editado por la Editorial América en su Biblioteca de Autores Célebres, aunque a mí el alcance de la celebridad de aquel Jules Laforgue se me escapaba por completo. Los poemas me resultaron de una rareza muy artificiosa y de mensaje abstruso, cualidades muy valoradas por cualquier aprendiz de poeta.

Aquel libro detonó en mí una afición no creo que peligrosa, pero sí desde luego laboriosa: hacerme con una biblioteca de libros insólitos. Y hacerme con ella desde la ignorancia de la literatura insólita. Dando manotazos de ciego en un recinto infinito, digamos. Y, ade-

más, por si faltase algo, con una economía de estudiante, que me daba para una oferta gastronómica limitada a tres establecimientos: el bar de la facultad, un restaurante para obreros de la calle San José, frente al oratorio de San Felipe Neri, y un restaurante chino de la calle Cervantes, que tenían en común la circunstancia filantrópica de ofrecer un menú a setenta y cinco pesetas, según tuvieses antojo de lentejas o de algo parecido al *chop suey*.

A favor de mi biblioteca de libros insólitos, hice, en fin, lo que pude, que no fue mucho. Compraba alguna cosa en un zaquizamí que había en la plaza de La Candelaria, donde lo frecuente era encontrar libros sobre ovnis y revistas de destape. Cualquier libro barato que me resultara raro o curioso —aunque lo más raro y curioso fuese al fin y al cabo que alguien lo comprara— lo compraba yo, convertido en una especie de bibliófilo de bagatelas.

MI PRIMERA GRAN DECEPCIÓN fue la que les cuento...

En 1660 se publicó en Bruselas, en tres volúmenes, una recopilación de obras de Francisco de Quevedo. Trescientos veinte años más tarde, encontré esos tres volúmenes en Cádiz, en el establecimiento de un medio anticuario y medio chamarilero que iba siempre tocado con una gorra marinera y que era hombre de mirada escurridiza, tal vez porque una persona dedicada a negociar con objetos de precio oscilante acaba siendo por fuerza escurridiza. En el escaparate de su negocio, en la calle Rosario, convivían novelas de kiosco y monedas de plata, juguetes de latón y escapularios, cornucopias doradas y anteojos, cromos deportivos y candelabros pomposos con atlantes o con pastoras versallescas. Le pedí precio por los tres volúmenes de Quevedo, con la esperanza de una bicoca. «Cuarenta mil pesetas», me dijo. Hoy suena a calderilla, pero, en 1980 representaba una fortuna de maharajá incluso para un maharajá. Allí se quedaron, en fin, los tres volúmenes. Cada vez que pasaba por la tienda, me asomaba para comprobar si seguían expuestos, pues de algún modo me consideraba el propietario moral de aquellos libros. Hasta que un día desaparecieron y aquellos tres volúmenes pasaron a formar parte de mi catálogo de ilusiones decapitadas, de mi vertedero de sueños imposibles. Durante años, me he acordado de ellos con una vaga sensación de expoliado, con una punzada de frustración. ¿Quién compró *mis* libros de Quevedo?

Años más tarde, cené en Bruselas con un diplomático. Hablamos de Cádiz, ciudad que frecuentó en su juventud: «Una vez, encontré en un anticuario los tres tomos de las obras de Quevedo que se publicaron aquí en 1660». No sé si salté de la silla. «¿Los compraste?» Pero no: él, que era entonces un recién licenciado, ganaba nueve mil pesetas al mes, de modo que las cuarenta mil que le pidió el anticuario le supondrían cuatro meses y medio de ayuno total, sin gastar literalmente ni una peseta, en plan asceta del desierto. Cada vez que iba a Cádiz, según me confesó, se pasaba por la tienda para comprobar si los libros seguían allí, como hacía yo, ambos un poco a lo Tántalo. Tantísimos años después, me aseguró que seguía acordándose con melancolía de aquellos libros, perdidos para siempre en el limbo de lo inalcanzable. No sé si la anécdota hubiese sido más perfecta en el caso de que él hubiera podido comprarlos. Creo que no. Así compartimos una pequeña ilusión incumplida, un insignificante infortunio que nos rondará siempre por la memoria: «Aquellos tres tomos de Quevedo...». Al fin y al cabo, y en casi todos los órdenes de la vida, lo que se posee acaba siendo más irreal que lo deseado. Y nuestros enseres, por la rutina de la posesión, tienden a hacerse invisibles. Aparte de eso, si alguno de los dos fuese propietario de esos tres tomos, estaría obligado a regalárselos al otro, o al menos a prestárselos durante un tiempo, en una especie de régimen de multipropiedad de una quimera antigua. Mejor así, ya digo: ambos somos propietarios de una misma ilusión desengañada, y aquellos tres tomos pueden seguir siendo objetos abstractos, un espejismo de nuestra juventud, un símbolo de la humildad de nuestras aspiraciones cotidianas, porque la vida, al igual que los grandes mosaicos, está hecha de muy pequeñas cosas.

DESDE ADOLESCENTE, me había interesado por las artes tipográficas, hasta el punto de entretener el futurible de montar una imprenta para publicar libros a la manera esmerada de Manuel Altolaguirre o del venerable Bernabé Fernández-Canivell —el tan sufrido editor de los *Poemas para un cuerpo* de Cernuda—, a quien yo había conocido en Málaga a través de Rafael León, adicto también a los encantamientos de los tipos móviles y a la textura de los papeles verjurados, a cuya elaboración casera dedicó los últimos años de su vida. Como deri-

va más o menos lógica de ese interés, acabé comprando libros que solo me llamaban la atención por su tipografía, no por su contenido, que podía estar en la otra punta de mis intereses y aficiones: desde un misal compuesto en tipos bodoni, por ejemplo, a un tratado dieciochesco de equitación, pasando por un *Compendio de la historia de España* salido del taller de Joaquín Ibarra, de quien yo desconocía por entonces su prestigio.

En el año 1981 me fui a vivir a Sevilla, y allí el campo de la búsqueda se me amplió.

Manuel Antonio, mi hermano pequeño —que acababa de empezar los estudios de Bellas Artes en la calle Laraña, justo enfrente de la casa de don Juan de Arguijo, al lado de la tumba de Bécquer y enfrente también de la librería Padilla, que, con ser de nuevo, tenía un fondo excelente, con muchos títulos descatalogados—, llegó a nuestro piso de estudiante —allá en la calle Jorge de Montemayor, por la parte de la Macarena—, a los dos o tres días de convertirnos en sevillanos adoptivos, con una noticia inmejorable: había visto en el escaparate de una tienda de souvenirs de la calle Mateos Gago varios libros de época de Alberti, de Cernuda, de Aleixandre, de Neruda... Como es natural, salí escopetado hacia aquella tienda de souvenirs de orientación comercial tan ecléctica, convencido de que los libros los venderían allí, por despiste, al mismo precio que una figurita de flamenca de terracota.

Al fondo de aquella tienda había varios estantes. Yo había aprendido un principio básico: que los estantes de libros tienen un color que delata si el género es de valor o de baratura. Y aquellos estantes tenían muy buen color, que suele ser el de la hojarasca otoñal. Pero los libros resultaron estar marcados a un precio que, para comprar uno solo de ellos, hubiera tenido que atracar la farmacia que había un poco más arriba de la calle. Salí de allí no solo decepcionado, sino también extrañado de que un libro pudiese ser tan carísimo.

No hay misterio que no acabe teniendo su desvelamiento, y el misterio de los libros selectos de la tienda de souvenirs se me desveló al poco: aquel negocio era propiedad de los padres de Abelardo Linares, que tenía una pequeña librería —una covachuela en realidad— en la calle Rodrigo Caro. La tienda de souvenirs era una prolongación de aquel negocio en miniatura, donde apenas cabían cuatro o cinco centenares de libros, aunque casi todos escogidos y más o menos principa-

les. Alguna vez entraba allí y salía con lo que entraba. O no exactamente, ya que salía con el añadido de la pena propia del aprendiz pobre de bibliófilo, imaginando la emoción que depararía el hecho de convertirse en propietario de una primera edición del *Romancero gitano* o de *Como quien espera el alba*.

Yo sabía que Abelardo era poeta aparte de librero, autor de un primer libro deslumbrante titulado *Mitos*, pero, a pesar de que de vez en cuando iba yo a curiosear en su oferta, para mí inasequible, tardé en entablar amistad con él a causa de otra amistad que había entablado antes —a través de Francisco Bejarano— con quien por entonces era el antagonista principal de Abelardo, tras haber sido su amigo del alma: Fernando Ortiz, con quien me veía casi a diario, por las tardes, para acabar cenando con su mujer Teresa y con mi hermano en algún restaurante chino, que eran los de su predilección. Poco después, Fernando sería el editor de mi primer libro de poemas, tras haberme destrozado con una impiedad sumamente piadosa algunas tentativas líricas de nivel adolescente que yo creía —como buen adolescente tardío— poco menos que inmortales. De no ser por él, aquel primer libro mío hubiese sido algo mucho peor que un primer libro.

Fernando y Abelardo fueron socios editoriales en la colección Calle del Aire, cuyos libros se componían e imprimían en Gráficas del Sur, la imprenta de la calle San Eloy que regentaba Joaquín Sáenz con la melancolía de un maestro pintor abocado por la tradición mercantil de su familia a compaginar los pinceles finos con la elaboración de presupuestos y con el sopesamiento de los precios de fábrica de las resmas de papel. Como casi todas las empresas de mando bifronte, aquella de Calle del Aire acabó mal, aunque nunca hice por enterarme de los detalles —sin duda intrascendentes— que provocaron la desavenencia, ni ellos los contaban del todo. Fernando siguió con la colección como editor único y Abelardo fundó su sello. La hostilidad duró hasta que duró Fernando, que siempre se debatió entre un talante afable y un carácter espinoso y que estableció un código pandillero de incompatibilidad: o eras amigo de uno o lo eras del otro, pero de ninguna manera podías serlo de los dos, aunque casi todo el mundo acabó incumpliendo aquella norma.

Cuando mi primer libro estaba ya en máquinas —el proceso de edición solía ser largo, ya que se trabajaba con

tipos móviles—, recibí una carta de Abelardo en la que me decía que había leído en no recuerdo qué revista un par de poemas míos y me ofrecía su nueva editorial para publicarme un libro. Cuando se lo comenté, Fernando dio por hecho que lo que Abelardo pretendía era entrometerse fastidiosamente en lo suyo, pero no era por supuesto aquella su intención, sino más bien su método, ya que Abelardo —que además no podía saber no ya que mi libro estuviese en imprenta, sino ni siquiera que yo tuviese un libro— rastreaba autores de ese modo: bastaba con que le gustase un poema de alguien, leído en alguna publicación periódica, para que lo invitara a sumarse a su catálogo incipiente. (Cuando nadie se acordaba de Juan Luis Panero, por ejemplo, o a lo sumo se le tenía por el hermano antipático e intolerablemente cuerdo —o medio cuerdo— de Leopoldo María, Abelardo leyó unos poemas suyos en la revista *Jugar con fuego*, que editaba José Luis García Martín en colaboración con sus muchos heterónimos, y le ofreció publicarle no un nuevo libro, sino su poesía reunida, como así se hizo, lo que marcó el principio de la alta estimación de su obra entre las generaciones más jóvenes, ya que los integrantes de la suya habían decidido que aquel Panero tan escasamente visionario de fondo y de forma, tan poco lacanianiano además, no aportaba nada a la *zeitgeist* novísima, por así decirlo).

POR LAS TARDES, salía yo a conocer la ciudad, a asombrarme de su caserío, a perderme en el dédalo del barrio de Santa Cruz, que por entonces era reino de atracadores, a merodear por la parte de El Arenal, a adentrarme en la zona solanesca de la Alameda o en la laberíntica de la judería, que eran sitios de peligro, como si persistiera el ambiente de pícaros y maleantes que allí se dio cuando la ciudad fue el bullicioso y esplendoroso Puerto de las Indias.

En esos paseos iba topándome con librerías de viejo en que lo más viejo solía ser el propietario. También con alguna que otra chamarilería en la que había una punta de libros por debajo del concepto de lo desechable y con algún tabuco parecido al de la plaza gaditana de La Candelaria, con sus cúmulos de revistas más o menos porno y algunos libros del Círculo de Lectores, de la colección Reno y de la colección Austral. En eso distraía yo, en fin, casi todas las tardes, haciendo una ronda

cíclica, a la espera de que el género fuese renovándose, cosa que ocurría con la frecuencia aproximada de los milagros, pues a veces tenía uno la impresión de que en aquellos negocios no salía ni entraba mercancía alguna, como si fuesen tapaderas de otros negocios más raros y clandestinos. A pesar de esa inmovilidad del género, la verdad es que iba encontrando cosas que estaban bastante bien, como por ejemplo varias primeras ediciones de finiseculares decimonónicos franceses, con espectaculares encuadernaciones de época, que compré —están marcados a lápiz— a mil pesetas la unidad, supongo que porque la librera, sobre la que circulaba la leyenda de que no sabía leer ni escribir, calculó que una partida de libros en idioma extranjero, y además de poesía, tendría una salida bastante mala. Pagué únicamente la encuadernación —y, aun así, a precio de ganga—, no los versos de Heredia o de Samain.

EL PASO DEL TIEMPO, tan aficionado a restar, aunque también sepa a veces mostrarse generoso, me trajo amigos sevillanos. Entre ellos —y a pesar del código que pretendía implantar Fernando Ortiz en la sociedad literaria local—, el ya referido Abelardo Linares, el dueño de la covachuela de la calle Rodrigo Caro, con sucursal desconcertante en la tienda de souvenirs. Al poco, para dar alivio a los muchos libros que tenía almacenados, Abelardo se mudó a un local espacioso de la calle Mateos Gago, y aquello acabó convirtiéndose en punto de encuentro de algunos poetas que iban allí a curiosear y a entretener a Abelardo de sus tareas comerciales en beneficio de las conversaciones erráticas en torno a entelequias relacionadas con la poesía o con la música británica y norteamericana de los 70, que era otra de las aficiones medulares de aquel joven librero que se pateaba las españas y las américas para proveerse. Por la librería pasaban pocos clientes, ya que Abelardo vendía sobre todo por catálogo, pero muchos miembros del Parnaso municipal: Vicente Tortajada, Javier Salvago, José Julio Cabanillas, Antonio Molina Flores, Pepe Serrallé, José Luna Borge, el siempre errante Juan Bonilla, Aquilino Duque, Fernando Iwasaki, Abel Feu, Alberto García Ulecia... Para aristocratizar un poco el ambiente, también aparecía de vez en cuando por allí Jesús Aguirre, entonces flamante duque de Alba y aquejado de repente por el dulce mal del lirismo, hasta el punto de que le

entregó un libro inédito de versos a Abelardo con el seño —que resultó sobradamente optimista— de que se convertiría en un éxito de ventas, más por lo del dudado que por la música más o menos endecasilábica de las composiciones, que eran del tipo amoroso. También vi allí un par de veces a José Bergamín, con su aspecto de quijote descoyuntado.

Se preguntaba uno, claro está, si aquellos cenáculos no acababan costándole el dinero a Abelardo, por lo que exigían de dejación de sus labores productivas en beneficio de las tertulias de rumbo divagatorio, pero eso parecía darle igual, por el gusto que siempre le ha tenido a la charla por la charla, que él siempre ha sustentado en una variante racionalista del humor y en la brillantez desconcertante de la paradoja, con incursiones ocasionales en el método sofisticado, que, en sus momentos de alta inspiración, administra bastante mejor que los sofistas canónicos.

En una página de su diario, los hermanos Goncourt se quejaban, en 1867, de que en las librerías ya no había sillas en las que sentarse para paliquear con el librero y que los libros había que comprarlos de pie: «Una petición y un precio: nada más». Abelardo tenía en la suya media docena de sillas para lo que pudiera terciarse y, en caso de falta de aforo, la tertulia desembocaba en un bar cercano en que ponían unas conchas de ensaladilla rusa que a Abelardo, muy estricto con la excelencia gastronómica, le gustaban mucho, y a los demás también.

En la librería trabajó durante un tiempo Juan Lamillar, que desarrolló por cierto una habilidad que mezclaba lo propiamente circense con la pasión intelectual: comoquiera que Juan era más un poeta de cuerda meditativa y un lector de talante humanístico que un mancebo vocacional de librería, no resultaba infrecuente verlo encaramado a una escalera, ordenando en teoría el género en las baldas más altas, aunque en la práctica leyendo —o al menos ojeando— los libros que tenía encomendado ordenar, y en aquellas cumbres podía pasarse las horas si se daba el caso de que el libro le atrapaba la atención, circunstancia que, visto lo visto, se daba a menudo. Ramón Gómez de la Serna, que dio una conferencia encaramado a un trapezio, le hubiese copiado sin duda el número, que era de gran mérito y espectacularidad, tanto por lo asombroso como por lo arriesgado.

Yo no podía comprar los libros que estaban a la venta en la librería Renacimiento, que así se llamaba —al

igual que la editorial que Abelardo acababa de fundar—, salvo los provenientes de saldos, a pesar de que Abelardo hacía a los amigos unos descuentos que negaban los principios básicos del mercantilismo razonable y sostenible, pero, gracias a su generosidad, pude disponer en préstamo del fondo de la que era la mejor y más surtida librería de viejo de España en cuanto a literatura del XX, la que estimaba el precio de los libros con arreglo al valor de sus autores, así fuesen ilustrísimos olvidados, hasta el punto de que sus catálogos se convirtieron en la guía sacrosanta que orientaba a los libreros de todo el país a la hora de marcar, ya que Abelardo no era tanto un comerciante de libros raros como un lector incesante de libros raros, amigo de lo insólito y valedor de escritores desconocidos para todo el mundo, salvo para él, que se tenía todo lo del siglo leído y ponderado.

Abelardo no solo me prestaba los libros que, conforme a su ofrecimiento, le pedía, sino que además me daba nortes: «Léete esto», y me tendía un libro de, no sé, Chaves Nogales o de Fernando Fortún. «¿No has leído a Chesterton?», y al momento ya estaba yo leyendo a Chesterton, de quien me regaló los cuatro tomos de sus incompletísimas *Obras completas* publicadas por Plaza & Janés. «Tienes que leer a Julio Camba», y yo leía a Camba. «¿Conoces a Bacarisse?» Porque la librería Renacimiento no fue tanto para mí un comercio como el templo del oráculo. Allí se iniciaron muchas de mis devociones literarias perdurables, y creo que lo que he escrito sería distinto si no hubiese dispuesto, en aquel momento decisivo de mi formación, de los libros y de las recomendaciones de aquel librero de aficiones múltiples y con menos vocación de comerciante que de apóstol literario. El latín, la lingüística, la gramática histórica y ese tipo de materias del saber iban por su cauce, pero, en asuntos de literatura, mi verdadera universidad no fue la que tenía sede en la antigua fábrica de tabacos, escenario laboral de la cigarrera Carmen, sino la librería Renacimiento, donde Abelardo ocupaba una cátedra tan anómala como ferviente.

Al cabo de los años, Abelardo Linares compró la librería neoyorquina de Eliseo Torres, donde, a ojo de cubero, podría estimarse que se almacenaba un millón de libros en español. La casualidad quiso que lo acompañara en su primera visita a aquella librería entre monumental y meramente destartalada. En la expedición iba también el poeta Francisco Brines, otro aquejado del mal de la bibliofilia.

La del señor Torres, gallego emigrado, se alejaba bastante del concepto convencional de librería, ya que se asemejaba más a unos grandes almacenes fantasmagóricos en que un propietario de tendencias lunáticas hubiese desplazado las mercancías restantes para rellenar todo de libros. Creo recordar que aquello había sido antes una fábrica de bombillas, lo que sin duda le hubiese servido a Herman Melville para escribir una historia de ambiente similar —y de similar simbolismo— a la del escribiente Bartleby: la luz artificial que dan las bombillas y la luz artificiosa que emana de los libros, o qué sé yo, porque el asunto de las simetrías simbólicas suele ser bastante particular. Nada más entrar allí, en aquella librería que estaba en un Bronx de ambiente inquietante y cinematográfico, con mendigos con mitones agrupados en torno a una hoguera y con coches sin matrícula que rondaban sigilosamente por el barrio a la caza de más valía no saber qué, a Abelardo se le iluminó la cara, aunque no con la luz de las bombillas, sino más bien con la luz de la patología, esa patología gozosa del buscador perpetuo de tesoros imaginarios que de pronto se encuentra con su tesoro inimaginable y largamente imaginado.

El señor Torres vendía los libros a regañadientes, supongo que porque consideraba, por esas espirales extrañísimas que traza a veces nuestro pensamiento, que aquello no era tanto una librería como su biblioteca privada. Ante las pilas de libros que íbamos apartando, refunfuñaba: «Se están pasando ustedes. Esto no puede ser». A la muerte de aquel vendedor de libros al que le dolía vender libros, Abelardo acabó comprando el negocio.

DURANTE AÑOS, lo primero que hacía yo cuando llegaba a una ciudad era visitar las librerías de viejo que previamente tenía localizadas con la exactitud de un cartógrafo. Encontré algunas cosas muy buenas de por sí y otras muchas que valían poco a efectos de bibliofilia estricta, pero que me servían para ir trazando mi plano del laberinto de la literatura, ese mapa privado que va dibujando cada cual, con sus segundones y tercerones de valía anómala, o meramente pintorescos, o incluso desconcertantes, o chirriantes dentro del sistema, con su pequeñez de anécdota que no inaugura nada y que no culmina nada, pero con su aporte específico de mar-

ginalidad o disidencia con respecto a los cánones. Autores de segunda, de tercera o de cuarta fila, sepultados por las grandes figuras y por la necesidad de depuración y de simplificación de los planes de estudio y de los estudiosos en general, pero con su carácter, con su arte desmañado o con sus artesanías voluntariosas, con sus cimas modestas y con sus simas profundas. Recuerdo la intensidad respetuosa con que leía a mis veinte años a los poetas menores del modernismo, por ejemplo, y cómo aquellas lecturas fueron modulándome el oído con más efectividad que cualquier manual de métrica y versificación. Encontrar a veinte duros en una librería —una librería que no fuese Renacimiento, claro está— un libro de Villaespesa, de Carrere o de Gutiérrez Nájera, por ejemplo, convertía en festivo el día rutinariamente lectivo de un estudiante de filología que escribía poemas sobre jardines abandonados o sobre playas invernales y que especulaba en torno al alcance misterioso de las metáforas o sobre los correlatos objetivos, tras haber leído los ensayos de T. S. Eliot que me prestó Fernando Ortiz. Encontrar una edición insignificante, en una mala traducción, de los poemas de Rodenbach, pongamos por caso, podía ser la justificación gozosa del día. Encontrar un libro del pobre Salvador Rueda o del voluntarioso y parnasiano duque de Amalfi entraba dentro de la categoría de las emociones inefables.

Aquel afán de búsqueda me duró varios años, y creo que puedo presumir de haber alcanzado ese grado en que la bibliofilia se escora a la pura patología, esa patología que vi en la expresión de Abelardo Linares cuando cruzó el umbral de la librería asombrosa de Eliseo Torres.

EN LA PEQUEÑA LIBRERÍA de la plaza de La Candelaria de Cádiz tuve un gran momento. Allí, como dije, había una oferta amplia de libros sobre ufología —y quien dice ufología dice astrología o jardinería— y revistas de destape, y poco más, pero me pasaba de vez en cuando con la esperanza de que algún golpe de azar subiera de rango el género. Una tarde de tantas llegué y el librero me dijo que acababa de entrarle un lote curioso, de principios del XX, que resultó ser el de un coleccionista de literatura sicalíptica, de modo que al rato era yo dueño del legado de un erotómano para mí anónimo: un centenar de novelas cortas de asunto picante, otro cen-

tenar de números de revistas —la estupenda *Flirt* entre ellas— y folletos y almanaques de mucho erotismo fantástico y más o menos castizo. Como contrapeso de decencia, había en el lote varios centenares de números de colecciones como «La novela semanal» o «La novela de hoy», que también compré, y a precio de risa incluso para un estudiante a quien casi ningún precio le daba risa.

Con todo, mi momento estelar como bibliófilo lo tuve en Valencia, calculo que a principios de la década de 1990, en una pequeña librería de la calle de la Nave. Estaba yo allí como invitado a un encuentro de poetas y, aprovechando que a esa hora se ofrecía a la afición una conferencia sobre los nuevos rumbos de nuestra lírica, me eché a la calle para curiosear en los varios comercios del barrio que se dedicaban al libro de saldo y más o menos de viejo. Aburrido de no encontrar nada, y dando ya todo por perdido, entré en una librería minúscula, eché una ojeada y... lo de siempre: lo más raro eran algunos libros de Wenceslao Fernández Flórez, de quien ya tenía casi todo —siendo muchísimo lo suyo— y a quien leí por entonces con mucho disfrute y espero que también con algún aprovechamiento, al ser el gallego un maestro de ese tono en que se funde la ironía con la melancolía. Apurado por irme sin comprar algo, le pregunté al librero, por preguntar, que si tenía algo de poesía. Me dijo que casualmente acababa de entrarle una partida en la que algo había de eso, se fue a la trastienda y fue sacando libros de Alonso Quesada, de Rogelio Buendía, de Fernando Villalón, de González Ruano, de varios modernistas hispanoamericanos, casi todos con dedicatoria autógrafa al poeta y dramaturgo valenciano Juan Lacomba. También me ofreció una punta de revistas literarias de las primeras décadas del XX, proveniente asimismo del desmantelamiento de la biblioteca del poeta Lacomba, de la que se veía que las piezas de los autores célebres habían tomado otro rumbo y que allí habían ido a parar las de los poetas sin nombradía —aunque en el lote se coló el rarísimo folleto *La fiesta nacional*, de Manuel Machado—, pero ya dije que yo iba a la búsqueda modesta de lo secreto y lo menor. Compré casi todo y volví al viejo edificio de la facultad, en la misma calle de la Nave, con varias bolsas, antes de que terminase la ya mencionada conferencia sobre los nuevos rumbos de nuestra lírica, de la que pude disfrutar de sus conclusiones. Francisco Brines, al enseñarle la compra, me comentó que esas cosas solo pasan una vez en la vida... a

menos que fueses Abelardo Linares, por supuesto, ya que a él le pasaban casi a diario, sin duda por el desarrollo y el afinamiento de un instinto peculiar, entre congénito y adquirido. Como gesto de correspondencia, y también porque sí, le regalé a Abelardo dos de los libros que acababa de comprar y que él, por raro que resulte, precisamente por ser piezas extremadamente raras, no tenía: *Viaducto*, de González Ruano, con dedicatoria, y *De catro a catro*, del poeta gallego Manuel Antonio.

CUANDO ME VINE A VIVIR A ROTA, mi pueblo natal, tuve que renunciar a mis afanes con respecto a los libros viejos, que solo revivía cuando salía de viaje. Ser bibliófilo en un pueblo sin librerías de viejo —y con una sola de nuevo— no resultaba prudente, ya que al incumplimiento de las ansias grandiosas se resigna uno, pero al de las modestas no tanto. Además, nunca me gustó comprar por catálogo, ya que pensaba que me perdía lo mejor de la tarea: el ojeo y el hojeo, el tacto de los libros, la apreciación de su estado, la valoración de la valoración, la duda ante si comprarlo o dejarlo correr, la duda incluso —a veces— de si lo tenía ya, no tanto por el volumen de mi biblioteca como por mi mala memoria. Me corregí, en definitiva. Una corrección forzada por la realidad, pues en el pueblo me sentía, qué sé yo, como un coleccionista de cerámica japonesa que viviese en Marruecos.

Por poco taoísta que sea uno, o aun siéndolo del todo, siempre está bien liberarse de esclavitudes tanto materiales como espirituales, y yo me liberé, en fin, de la de la bibliofilia, que tantos desasosiegos añade al alma de por sí desasosegada de la mayoría de la gente, incluida la que está convencida de no tener alma. Eso sí, hoy, al cabo de los años, no puedo pasar por delante de una librería de viejo sin ceder a la tentación de echar un rato en ella, aunque ya sin el componente distorsionante de la ansiedad. Y es que la bibliofilia es como el tabaco: nunca se deja del todo aunque lo dejemos del todo.

Y cedo a la blandura de una nostalgia previsible: echa uno de menos aquella época en que las librerías de viejo solían ser un caos prometedor, un apeadero de libros errantes, unos comercios de aspecto mustio de los que uno solía salir con lo mismo con lo que entraba o, peor aún, preguntándose por qué demonios salía con lo que salía y para qué. Aquel tiempo en que uno alimentaba la ilusión no ya de encontrar algo, sino la ilusión descabellada de encontrar todo, porque todo era posible que le saliera al paso, aunque lo de veras posible era que no le saliese nada, absolutamente nada.

Cruzar el umbral de un comercio de género imprevisible, en definitiva, para reforzar esa paradoja casi cómica que guía al buscador de libros viejos: no encontrar jamás lo que buscas y encontrar de vez en cuando lo que jamás se te hubiera ocurrido buscar. ■ ■